

de estas hizo al Museo Británico, precisamente cuando el sol pasaba por el meridiano. Se dejó caer lentamente sobre una de las muchas palomas que se crían en el patio del Museo, la aprisionó, y volvió á elevarse hasta una de las cornisas, donde la paloma fué víctima de la voracidad del insecto, que entró luego en la biblioteca por la claraboya, haciendo que los lectores, sorprendidos por el aterrador zumbido del visitante, huyeran atemorizados del salón. Otros informes sólo relatan el hecho de haberse visto avispas en tal ó cual parte; pero sin añadir que causaran víctimas humanas. Se referían, únicamente, la muerte de un perrito atacado por los insectos á la vista de su dueña, y el hecho de haberse dispersado una expedición campestre cuyos individuos abandonaron la merienda á los voraces animalitos.

Casi todos los periódicos publicaban aquella noche, bajo grandes epígrafes, extensos comentarios acerca de las gigantescas avispas de Kent. En los diarios se corría de un lado para otro, de la redacción á las cajas, de las cajas á las máquinas, gritando y gesticulando acerca del sensacional asunto del día. Redwood, que salía á las cinco de su colegio de Bond Street, rojo como una cereza por haber sostenido una acalorada discusión en la junta respecto al precio de los novillos, compró un periódico y se encontró con la terrible noticia.

V

El conocimiento de la aparición de las avispas gigantes en Kent puso lívido á Redwood, quien, olvidando el colegio de Bond Street, el precio de los novillos y todo cuanto pudiera ocupar su imaginación, tomó un coche y se dirigió á escape á casa de Bensington.

En el laboratorio de éste se encontraba á la sazón Skinner, llenando toda la casa con su voz, entrecortada por la angustia.

— ¡Es imposible, señor! — decía. — Es imposible que sigamos allí... En un principio creímos que la cosa sería pasajera... Pero no, cada día va en aumento... Hay gusanos atroces... así de grandes... (Y señalaba una longitud como desde la extremidad de sus dedos hasta ocho centímetros por encima de su robusta muñeca). A mi mujer casi le ha dado un ataque... Y las ortigas, ¡las ortigas, señor, que hay al lado del gallinero crecen de una manera espantosa! Y las enredaderas que sembramos junto al caz han metido por la ventana sus ramas durante la noche y se han querido enroscar á las piernas de mi mujer...

¡Todo proviene de esa comida que ha inventado usted, señor! Allí donde ponemos un poco de esa substancia vemos que todo crece, que todo crece como nunca hubiéramos creído que crecieran las cosas!... No, no es posible que sigamos allí... Aunque las moscas no nos picaran, llegaría á ahogarnos la enredadera... Usted, señor, no se podrá imaginar nunca la verdad sino viendo lo que pasa en la granja...

Skinner levantó su ojo triste hasta la cornisa que había sobre la cabeza de Redwood.

—¿Y cómo no hemos de suponer, señor, que no hayan comido también las ratas? Tiemblo sólo de pensarlo, aunque hasta ahora no he visto ninguna de tamaño extraordinario... Pero ¡qué susto, señor, qué susto cuando vimos aquellos gusanos, grandes como langostas marinas! Cuando oí lo que pasaba con las avispas, supuse en seguida la verdad, y emprendí el camino para decírselo á usted, señor... No me he detenido más que el tiempo necesario para que mi mujer me cosiera un botón que me faltaba... Ahora mismo no vivo de angustia, pues no sé lo que le pasará á mi mujer en estos momentos... La enredadera crece á ojos vistas... Se enrosca como una serpiente... Los gusanos, las avispas... ¡Me vuelvo loco!

—Pero, los pollos ¿y los pollos? — dijo por fin Bensington. — ¿Cómo están los pollos?

—Les hemos dado de comer ayer; pero hoy

ya no nos hemos atrevido; las terribles avispas salen por enjambres haciendo un ruido infernal... Yo le dije á mi mujer: «Anda, cóseme el botón, que me voy enseguida á ver al señor Bensington... Y tú quédate aquí, encerrada en este cuarto, pero muy quieta, hasta que yo vuelva.»

Bensington le interrumpió diciendo:

—Si no hubieran sido ustedes tan sucios y tan descuidados...

—¡Oh, señor! No me diga usted eso... y menos ahora, que tengo el corazón en un puño, á causa de mi mujer. No me riña usted, señor, no me riña... Diga usted, ¿y si las ratas han comido de eso? ¿quién me asegura que no se comerán á mi mujer mientras yo estoy aquí?

—¿No han medido ustedes ni una sola siquiera de esas hermosas curvas de crecimiento? — preguntó Redwood.

—¡Para medir estábamos! ¿cómo quiere usted, señor, que hiciéramos semejante cosa? ¡Bastante miedo se nos ha metido en el cuerpo! ¡Si les contara yo á ustedes todo lo que pasa!

—¿Pasa algo más? — exclamó Redwood. — ¡Pues si lo ha contado usted ya todo! Lo que debemos hacer ahora es discutir lo que hayamos de determinar.

—Es precisamente lo que yo digo — replicó Bensington. — ¿Qué es lo que debemos hacer?

Redwood dijo á Skinner con acento imperioso:

—Ante todo, se vuelve usted en seguida á la granja; su mujer no puede estar sola y encerrada allí.

—Dispense usted, señor; yo no vuelvo allá solo, no vuelvo, aunque tuviera yo allí seis mujeres en vez de una.

—¡Qué tontería! las avispas no vuelan de noche, y los gusanos ya procurarán separarse para que no los pisen.

—Pero ¿y las ratas?

—¡Qué ratas ni qué niño muerto! no hay tales ratas.

IV

Si Skinner hubiera sabido lo que pasaba, se hubiera ahorrado el mayor de sus disgustos, pues su mujer no esperó en la granja á que él regresara. La enredadera se había metido de lleno por la ventana del cuarto en que se había encerrado aquélla y á las once la cubría ya por completo y amenazaba enroscarse á ella. La obscuridad que allí se hizo en mitad del día aterró á la pobre mujer y acrecentaba su angustiosa situación puesto que la ausencia de su marido se prolongaba de una manera indefinida.

La Skinner se atrevió por último, aunque llena de miedo, á abrir la puerta del cuarto y á ponerse á escuchar, y no oyendo nada que la pudiera alarmar, dió un salto y se metió en su dormitorio, y andando luego y deteniéndose, pudo llegar hasta su cama; registró debajo de esta hasta convencerse de que allí no había más que el suelo pelado y entonces se encerró por dentro con llave y empezó á hacer sus preparativos de marcha de una manera febril.

Aun estaba la cama en desorden y el cuarto

lleno de trozos de enredadera que su esposo había cortado la noche anterior para poder cerrar la ventana, pero semejante revoltijo no interrumpió sus preparativos; en una sábana envolvió su ropa y la chaqueta de terciopelo que únicamente se ponía su marido en las grandes festividades, y allí metió también un bote de pepinillos que aun no había sido abierto y dos cajitas bien lacradas de heracleoforbia, de las tres que llevara últimamente el señor Bensington.

Nadie podía dudar de la honradez de la señora Skinner, pero ya era vieja y consideraba con gran pena que aquel precioso alimento se desperdiciara nutriendo pollos. Colocó, pues, las dos cajas en el lío, que se hizo voluminoso, se quitó el delantal, se puso el sombrero, amarró el paraguas con el cordón de una bota, y después de escuchar con gran atención, se lanzó al jardín y atravesó, con el alma en un hilo, los umbrales de la granja.

Para la señora Skinner fué el sombrero una prenda de valor inestimable; se puso el mejor que tenía, uno lleno de amapolas que temblaban orgullosamente sobre un océano de azabaches y en cuya confección parecía revelarse el nervioso carácter de su dueña, la cual iba diciendo para sí:

—No, de ninguna manera; estoy decidida á no permanecer aquí ni un momento más; si mi marido quiere volver, que vuelva; no quiero más granja experimental.

Y salió por la puerta grande, no por orgullo ni porque tuviera que salir por allí, pues iba precisamente á Eyebright, en donde residía su hija casada, sino porque la enredadera había obstruido el paso por la otra puerta casi por completo, desde que el maldito jarro en que llevaba el alimento de los dioses se le derramó en aquel sitio.

Al salir, cerró con cuidado la verja y emprendió el camino; detúvose en la esquina que formaba el muro y alargó el pescuezo, sin que descubriera nada que le llamara la atención; todo estaba tranquilo y solitario; únicamente á lo lejos, del otro lado de los pinares y en una quebrada arenisca de la colina, se columbraba el sitio en que habíanse establecido las avispas gigantes, línea obscura que la Skinner miró asustada. Sin embargo, la circulación de los insectos había cesado por la mañana, y á excepción del ruido de una máquina aserradora que se veía en el pinar, nada vió ni oyó que pudiera infundirle miedo; ni con un gusano tropezó siquiera. Allá únicamente, entre las coles, parecía moverse alguna cosa; pero podía ser el gato que estuviera al acecho de los pájaros. La Skinner dió la vuelta á la esquina y llegó al gallinero, donde quedó parada contemplando los colosales polluelos, todos los cuales, excepto dos que habían muerto, resultaban ser hembras.

—¡Pobres animales! — exclamó la buena mujer viendo la actitud alicaída de las aves y de-

jando en tierra el envoltorio que llevaba. — No les he puesto agua ni siquiera han comido en todo el día... ¡Y con el apetito que tienen!

La Skinner se quedó pensativa, con el índice de su mano derecha apoyado en los labios. Luego, aquella vieja que arrastraba la suciedad como una enfermedad incurable, ejecutó una obra de misericordia, que puede calificarse de heroica.

Dejó el envoltorio y el paraguas en la vereda, se dirigió al pozo y sacó tres cubos de agua, con los que llenó el depósito del gallinero. Luego abrió la puerta de éste con mucha precaución y se alejó rápidamente, atravesó la pradera con objeto de evitar los avisperos, y tomó la tortuosa senda que conducía á Eyebright.

Pasados los pinares, empezó á subir la colina. Entonces se fué parando de vez en cuando, como para recobrar fuerzas, y volvía la mirada hacia la casita que se esfumaba más allá de los pinos. Cuando estuvo en la cumbre del montecillo, distinguió hacia el Oeste varias avispas descomunales, y esto la obligó á acelerar el paso y llegar pronto á las dunas. Allí, al pie de un árbol corpulento, sentóse á descansar; poco después reanudó su marcha.

Supongo que ustedes, amables lectores, se habrán dado perfecta idea de la Skinner durante su escapatoria; semejante á una hormiga, arrastrando su lío ladera abajo, y resistiendo el sol enervante

de una tarde de verano, con la cara sudorosa, las botas blancas de polvo y las amapolas temblando sobre el mar de azabache del sombrero. El paraguas se le escurría por el codo, empujado por el compás de su paso y por la laxitud de la mano cansada; de vez en cuando lo empujaba hacia arriba, y daba otro nervioso empujón al envoltorio, murmurando algo que debía ser el tema de la inevitable discusión que sostendría con Skinner.

A lo lejos, se destacaba del apagado azul del cielo la torre de Eyebright, el tranquilo rincón que descansaba lejos del mundo sin pensar en que la Heracleofobia, envuelta en una sábana, se acercaba á todo andar á su olvidado retiro, llevada, no solamente por los polluelos, gallinas y avispas, sino también por la señora Skinner.

VII

Según datos que he podido reunir, las gallinas entraron en Hickleybrow á las tres de la tarde, sobre poco más ó menos. Su llegada fué bastante cómica aunque no hubo nadie que la presenciara. Los agudos gritos del pequeñuelo Skelmersdale parece que fué la primera noticia que se tuvo de que ocurría algo extraordinario en la calle.

La señorita Durgan, empleada en la Administración de correos, se encontraba, como de costumbre, á la ventana, y vió que una de las gallinas había cogido al infeliz muchacho y corría velozmente con él, seguida de otras dos gallinas. El lector bien puede imaginarse aquel correr, balanceándose, de las atléticas gallinas de Bensington, así como la tenaz insistencia de la gallina hambrienta.

A la señorita Durgan no la arredró la presencia de los monstruosos animales; es posible que ya supiera algo de ellos. A pesar de la terquedad de Bensington en mantener secretas las experiencias de la granja, habían circulado rumores por el pueblo, hacía ya algunas semanas, y la señorita

Durgan, no hizo más que ver justificados sus temores desde la ventana.

Con gran presencia de ánimo salió á la calle armada de una caja sellada, en el momento en que el señor Skelmersdale, padre de la víctima, pálido y enarbolando una regadera, corría tras la gallina que se llevaba á su hijo. Pero casi todos los vecinos se habían echado ya á la calle; y el espectáculo de la señorita Durgan, atravesando la carretera con la caja de la correspondencia de Hickleybrow, detuvo un momento al animal el cual, después de unos instantes de indecisión, entró resueltamente en casa del señor Fulcher por el patio, cuyas puertas se hallaban abiertas de par en par.

Aquel momento fué terrible. La segunda gallina alcanzó á la primera; le arrebató el niño de un diestro picotazo, y saltó, por encima de la valla, al jardín del vicario.

La otra, desorientada y herida por un violento golpe que Skelmersdale le había dado con la regadera, cacareaba desaforadamente, saltando del patio á la casita de la señora Glue, y de allí al huerto del médico. El resto de las aves perseguía tenazmente á la audaz compañera que corría con el chiquillo por el jardín del vicario.

— ¡Cielo santo! — exclamó el buen cura al notar la invasión de las aves.

Luego cogió el mazo del *croquet* y comenzó á

darle vueltas en el aire para dar mayor impulso al tiro, gritando al mismo tiempo para espantar á las gallinas.

—¡Pára, pára, miserable!

¡Como si las gallinas gigantes fueran cosa corriente, que se intimidaran con cualquier dicho!

Después, viendo que no podía impedir el paso á la fugitiva, le arrojó con violencia el mazo, que pasó, describiendo rápidas curvas, á unos centímetros de distancia de la cabeza del niño Skelmersdale y se metió, rompiendo los cristales, en la estufa de la mujer del vicario. El estrépito asustó á la gallina, como hubiera asustado á quien no lo fuese; y con el susto, el ave dejó la presa á la cual su padre y vecinos hallaron muy aturdida y desaliñada, pero sin un rasguño siquiera.

La gallina volvió á saltar por la valla al tejadillo de la casa del señor Fulcher. Su peso derribó algunas tejas, y el ave fué á tierra, yendo á trastornar el sosegado retiro del paralítico señor Bumps; el cual, según se probó de una manera evidente, huyó, recorriendo toda la casa sin ayuda de nadie, por primera vez en su vida. Luego echó la llave á la puerta y volvió á caer en su habitual estado de quietud y resignación cristiana, bajo la dependencia absoluta de su mujer.

Las demás gallinas, espantadas por los jugadores de *croquet*, saltaron al huerto del médico, en donde se reunieron todas cacareando de un modo

desconsolador. Parece que anduvieron por allí algún tiempo, arañando, picoteando y llegando á dar terribles sacudidas á la colmena del doctor. Luego echaron á andar, caminando con el contoneo y las alternativas naturales en su especie á través de los campos, hasta llegar á Urshot. En Hickleybrow no se volvieron á ver más.

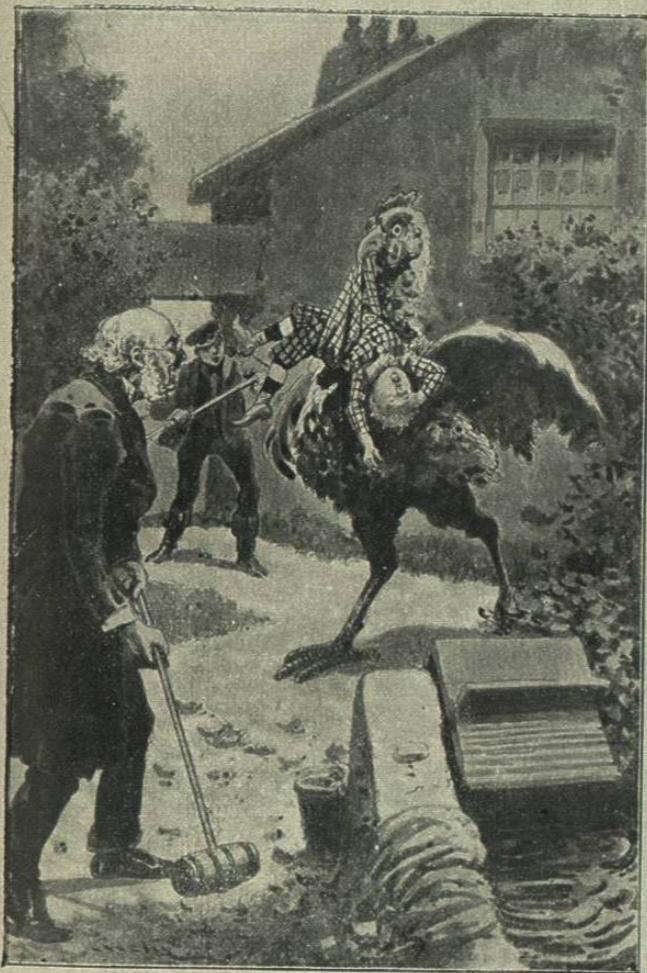
Cerca del pueblo se detuvieron á escarbar en un campo sembrado de nabos.

Pero la fama había llegado antes que ellas.

El efecto principal é inmediato que produjo en las gentes aquella irrupción de aves gigantescas, fué excitarlas á dar gritos furibundos y á manotear de lo lindo. Cuantos hombres útiles había en Hickleybrow, y algunas mujeres, se armaron de toda clase de objetos que pudieran servir de proyectiles, con objeto de dar una batida á los descomedidos visitantes. Pero estos se hallaban ya cerca de Urshot, que estaba de fiesta, y en donde las aves fueron recibidas como alegre complemento de aquel día feliz.

Los vecinos empezaron á dispararles sus escopetas en los alrededores de Findon Beeches. Pero, ¡ya se ve! gallinas de semejante tamaño, podían resistir algunas perdigonadas sin grave riesgo de su vida. Las aves, espantadas, se desparramaron con dirección á Sevenoaks; y cerca de Tonbridge una de ellas abandonó la playa y voló, cacareando furiosamente por algún tiempo, delante del bote

correo de la tarde que por allí pasaba. Dos de aquellas voraces gallinas cayeron á las cinco y media en poder del propietario de un circo de Tonbridge Wells quien las atrajo con dulces y pan á la jaula que, por muerte de un camello viudo que la ocupaba, había quedado vacía.



La gallina raptora. UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSU REYES"

Año. 1625 MONTERREY, MEXICO

VIII

Anohecía ya cuando el desgraciado Skinner bajó aquella tarde del coche-vagón en la estación de Urshot. El tren había llegado con su retraso normal y Skinner así se lo advirtió al jefe, quien reveló en su mirada algo extraño que hizo preguntar á aquél si ocurría algo extraordinario.

—¿Qué quiere usted decir con eso? — le preguntó el jefe con la voz un tanto dura.

—Quiero decir si han visto, ustedes avisipas ú otros animales de esos que...

—No hemos tenido tiempo para pensar en avisipas — repuso el jefe con más afabilidad, — hemos tenido bastante con pensar en las dichas gallinas, — y contó al asombrado guarda lo ocurrido con las citadas aves.

—¿Y no ha oído usted nada referente á la señora Skinner? — preguntó el viajero cuando el jefe acabó de lanzar aquel chaparrón de noticias espeluznantes.

—No creo que le haya sucedido nada — le contestó con aplomo el empleado, como si estu-

viera al tanto de lo que ocurría fuera de la línea férrea.

—Eso es lo que me importaba averiguar antes que todo — exclamó Skinner desentendiéndose de las observaciones del jefe respecto á la responsabilidad que pudiera caberles á los que crían animales con sobra de alimento.

El aterrado Skinner siguió su camino con honda preocupación; antes de salir de Urshot fué llamado por un vecino de oficio calero, que le preguntó si iba buscando las gallinas, pero Skinner, en vez de contestar á su pregunta, le preguntó á su vez impulsado por su preocupación:

—¿No ha oído usted decir nada respecto á mi mujer?

La respuesta del calero reveló que se hallaba más preocupado de las gallinas que de lo que hubiera podido acontecerle á la mujer de su interlocutor.

Había anochecido y estaba bastante oscuro. Skinner pasó por el *bar* de los *Jally Drovers*, en el que se detuvo y preguntó al primero que vió en él:

—¿Ha oído algo de eso que se dice respecto á las gallinas?

—¿Qué si he oído? ¡ya lo creo! Precisamente una de ellas ha estado sobre el techo de mi cuadra, y persiguiéndola, no sé quién, ha roto con un mazo los cristales de la estufa del vicario.

—¡Dios me asista! — exclamó Skinner, y luego volvió á preguntar: — ¿No sabe usted nada de mi mujer?

—Nada absolutamente; la verdad es que ni siquiera me había acordado de usted. ¿No ha estado usted hoy en la granja? Lo cierto es que si uno de esos animaluchos la ha picoteado...

No acabó de hablar, pero la idea de una horrible desgracia cruzó por la imaginación de los concurrentes. Todos convinieron en que sería una conclusión interesante para un día de tantas emociones, el acompañar á Skinner hasta la granja y ver si le había ocurrido algo desagradable á la mujer de éste.

No hay manera de apreciar con exactitud lo que puede haberle sucedido á cualquiera cuando el hecho ha ocurrido á cierta distancia. Skinner se quedó como perplejo con un ojo fijo y con el otro investigando las alturas en tanto que apuraba á sorbos su vaso de aguardiente, y luego dijo de pronto:

—Creo que no habrá ocurrido nada con las avispas.

—¡Con las avispas! Bastante nos han dado que hacer las gallinas.

—Supongo que á estas horas todas habrán desaparecido ya — exclamó Skinner meditabundo.

—¿Quiénes, las gallinas?

—No, no; las avispas — y luego preguntó tras

un instante de reflexión. — ¿Pero no han oído ustedes decir nada de otra clase de animales tan grandes como las gallinas... es decir, de perros grandes, ó de gatos grandes?... Porque me parece que toda vez que existen esas avispas descomunales y esas gallinas monstruosas...

Y Skinner se echó á reír como aquel que está convencido de haber dicho una agudeza extraordinaria; pero el efecto que sus palabras causó fué todo lo contrario, fué triste, casi fúnebre, pues todos se quedaron pensativos. Fulcher fué el primero que, condensando el pensamiento dominante en todos, dijo:

—¡Pero hombre! ¿un perro ó un gato que guarde relación con el tamaño de esas gallinas?

—¿Un gato que crezca en la misma proporción que han crecido esas gallinas?—exclamó Witherspoon completamente asustado.

—¡Sería un tigre! — añadió Fulcher.

—¡Mucho más que un tigre! — afirmó Witherspoon.

Skinner salió; y poco después le vieron avanzar sólo, completamente sólo por la silenciosa vereda de la colina que separa Hickleybrow de los pinares, á cuya sombra se eleva la granja experimental, invadida y aprisionada por los gigantescos vástagos de la enredadera.

Se vió á Skinner subir, siguiendo por el sendero, hasta llegar á la línea del horizonte. Allí se

destacó su figura en la claridad del cielo, y hasta allí le siguió la curiosa mirada de sus conocidos del *bar*. Luego se le vió bajar por el lado opuesto hasta hundir aparentemente la cabeza en la tierra, desapareciendo en la sombra, de donde parecía que no había de volver.

Lo demás fué un misterio. Nadie sabe lo que pudo acontecerle á Skinner después de haber traspuesto la colina. Luego, cuando más tarde, los dos Fulcher y Witherspoon, impulsados por la misma preocupación, llegaron hasta el montecillo para ver si le descubrían, ya se le habían tragado las sombras de la noche.

Aquellos tres hombres, muy juntos entre sí y alargando el cuello sin respirar apenas, escucharon hacia la espesura que los separaba de la granja; pero nada oyeron, y uno de los Fulcher dijo:

—No parece que ocurra nada.

—No se ve luz — dijo Witherspoon.

—Aunque la hubiera, tampoco podría usted verla — agregó el otro Fulcher. — Hay niebla.

Los tres se quedaron pensativos y en la misma actitud. Después dijo el más joven de los Fulcher:

—No, no hay novedad. Si la hubiera, hubiera vuelto Skinner ... y no vuelve...

La razón era concluyente; y hasta el viejo Fulcher dijo convencido:

—Sí, es verdad.

Los tres se volvieron á Hickleybrow y se re-

tiraron á sus casas, hondamente preocupados.

Un pastor de la quinta de Huckster oyó, en el silencio de la noche, un agudo chillido. Se le figuró que los zorros andaban por los alrededores; pero á la mañana siguiente se encontró con que una oveja había sido sacada del redil, arrastrada hasta cerca de Hickleybrow y devorada en parte.

Lo más inexplicable de todo esto era la ausencia absoluta de rastros de Skinner. Algunas semanas más tarde, fué encontrado en la abandonada granja experimental un homóplato, y poco después otro hueso grande; pero se dudó de que pertenecieran á un ser humano. También se encontró junto al camino de Eyebright un ojo de cristal, que muchos reconocieron haber pertenecido á Skinner. Aquel ojo miraba al mundo con el mismo despejo, con igual melancolía que las demás facciones del semblante de Skinner.

Un detenido reconocimiento hecho en las ruinas de la finca, dió por resultado el hallazgo de los anillos de metal, de las cubiertas de dos botones de lienzo, y de tres botones enteros de asta y uno metálico.

Estos restos fueron reconocidos por personas de autoridad como pertenecientes á un Skinner, víctima de no se sabía qué; mas para convencerme yo, y dada la idiosincrasia de Skinner, confieso rotundamente que necesitaría más huesos y menos botones.

El ojo de cristal tiene, naturalmente, gran fuerza de convicción; pero aun suponiendo que perteneciera á Skinner, — hay que observar que ni su misma mujer sabía que el ojo inmóvil de su marido era de vidrio — su color había cambiado del castaño claro al azul.

El homóplato era una prueba de convicción muy dudosa; y yo, antes de diputarlo como hueso humano, lo hubiera comparado cuidadosamente con los homóplatos de varios animales domésticos. ¿Dónde habían ido á parar las botas de Skinner? Por muy extraña é insaciable que sea la voracidad de las ratas, ¿es posible que estos roedores, que dejaron abandonado un cordero á medio devorar cerca de Hickleybrow, se comieran hasta los cabellos, las botas y los dientes del pobre guarda?

Yo he preguntado á cuantos conocieron á Skinner, y todos concuerdan en que no es posible que hubiera ser viviente alguno capaz de comérselo. Entre dichos conocidos había un antiguo marinero que vivía en cierta posesión de Mr. W. W. Jacob, en Dunton Green, y éste me aseguró que Skinner era de esa clase de hombres cuya falta de aseo los saca siempre á flote; una de esas personas que son capaces de apagar los apetitos más voraces.

—Creo — añadió, — que Skinner se hallaría entre los restos de un buque naufrago tan seguro como en un acorazado; y no es que yo quiera decir nada contra él; pero los hechos son hechos, y sólo añá-

diré que antes de dejarme hacer ropa por Skinner, hubiera preferido que me encerraran en un calabozo.

Estas observaciones del viejo marinero nos presentan á Skinner como un manjar poco apetitoso. Yo, he de ser franco, he de confesar que no creo que el guarda volviese á la granja experimental; creo más bien que andaría rondando por las inmediaciones de Hickleybrow, y que al escuchar luego los chillidos misteriosos, se decidiría y haría rumbo hacia... lo desconocido, y que, bien en este mundo, bien en otro, ignorado de los mortales en la tierra, sigue aun con tenacidad en lo desconocido.

CAPITULO TERCERO

LAS RATAS GIGANTES

I

Pasadas dos noches desde la desaparición de Skinner, ya de madrugada, el médico de Podbourne se dirigía en un pequeño coche en que acostumbraba á ir á visitar los enfermos que vivían lejos de Haukey; todas las noches visitaba á uno de ellos, y, terminada la visita, regresaba á su casa rendido y muerto de sueño.

Eran ya las dos de la madrugada, como hemos dicho; la luna en menguante se alzaba con pereza sobre el horizonte, y una niebla bastante densa desvanecía las aristas de las casas y las sumía en esa tenue vaguedad que las hace borrosas.

El médico tenía enfermo al cochero, é iba, por lo tanto, solo; á tales horas y por semejante